

CONCLUSIONES

Si pudiéramos comprender la obra de Fernando Pessoa en su totalidad, dejaría de ser la obra misteriosa y maravillosa que es. La totalidad de las cosas como pensaba Pessoa y muchos otros es inaprensible. El anhelo por encontrar o llegar a un control absoluto de la realidad, sigue siendo, sin embargo, el anhelo de todo conocimiento. Pero la vida, a pesar de los esfuerzos por clasificarla, es como el tablero de un juego y Fernando Pessoa un jugador - porque al final todo es lúdico - que al igual que otros poetas, se lanza a la búsqueda de la elevación del hombre a través de la belleza. En este juego encuentra a sus heterónimos y los invita a sentarse a su mesa, sin rechazarlos y sin enloquecer por su causa.

En la obra de Pessoa, la pregunta que constantemente se plantea es ¿cuántos soy? En lugar de ¿quién soy? Pregunta ésta última, que se viene manejando desde siempre como sustancial al hombre. Sócrates decía que el hombre que se conocía a sí mismo encontraba la verdad, porque para él todo estaba puesto en el hombre. Tal parece que los años de intervalo entre Sócrates y Fernando Pessoa le sirvieron a éste último para alcanzar a trascender la pregunta y formularla de tal manera que ahora lo relativo al hombre, ya no es preguntarse quién soy con el fin de generar conocimiento, sino ¿cuántos soy? para encontrarse. Esta pregunta trasciende la anterior, pues implica en sí misma, primero que otra cosa, la asimilación de una individualidad y su siguiente disgregación. Esta posibilidad de ser varios en Pessoa significa la posibilidad de escuchar y aceptar al otro, porque la acción fundamental para la creación de los heterónimos es la despersonalización. La idea de la dispersión del yo no debate ni destruye la pregunta de Sócrates, sino que paradójicamente la desarrolla. Solamente a partir de preguntarse ¿quién soy? se puede llegar a saber que se es varios.

Por otro lado, a pesar de la aparente dualidad primordial que pudieron haber formado tanto Pessoa y el centro de su creación poética; Caeiro. Nos damos cuenta que en realidad eran parte de las caras de una misma moneda. Inocencia idílica, sabiduría urbana y naturaleza pagana, los heterónimos convergen en la corriente de filosofía estoica, en el esfuerzo unánime por rescatar el valor del objeto: describirlo en su valor efímero y absoluto. “Lo que interesa al poeta es aprehender apenas el *evenit* del movimiento” (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 220). Es por ello que *El Guardador de Rebaños* del maestro Caeiro puede ser considerado el núcleo del mecanismo pessoano. Sus versos son de una sencillez paradójicamente compleja; debido a lo lejano que están de nuestra visión cristiana o científica del mundo, los versos de Caeiro son de una simplicidad que nos perpleja. Y sin embargo, es tan fácil ver detrás de sus imágenes, soñar con sus metáforas, vivir su sosegada alegría; el único requisito que nos pide es el de no pensar. Vivir “llevando sólo/ Las rosas breves, las sonrisas vagas,/ Y las rápidas caricias/ De los instantes volubles” (*Reis*, en Pessoa, 2001: 63). Ser límpido en las intenciones, desquebrajar cualquier tipo de fiebre que perturbe el existir, llenarse de calma para sentir el reposo de toda la naturaleza. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 63).

Sutil hedonismo que descarta los placeres tórridos por su violencia, los pensamientos por su inutilidad, los sufrimientos por su subjetividad, abriéndonos el único camino de existir plenamente “pensando que podríamos,/ Si quisiéramos, cambiar besos y abrazos y caricias,/ Pero más vale sentarse junto al otro/ Oyendo correr el río y viéndolo” (*Reis*, en Pessoa, 2001: 67). Bello destino el de un poeta que se entrega a la Naturaleza en el silencio de su conciencia, sus silencios serán recompensados en versos de verdad cuando dice: “¿Qué te dice el viento que pasa? / Que es viento y que pasa, / Y que ya pasó antes, / Y que pasará después...” (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 84).

Pessoa es un gran maestro de lo natural, su relevancia radica en que nos muestra las cosas que estaban ahí pero que sin él no podíamos ver, palpar. Su estoicismo, en Caeiro, es un regreso a los orígenes, pero sin la parafernalia idílica que nuestro siglo ha otorgado a estos movimientos. Pessoa escribe con el compromiso del poeta y sobre todo, desde su sabiduría, la cual no busca encontrar otra verdad al objeto que no sea la de su sensación objetiva y temporal. Sus obras nos aportan perspectivas, algunas bucólicas y ya perdidas, otras agónicas y latentes, pero todas voces, versos, palabras que al igual que la naturaleza pasan. A la vez, es esta noción de lo efímero que permitirá a la obra de Pessoa integrarse al universo: “Donde los dioses no son/ Más que las estrellas súbditas del Destino.” (*Reis*, en Pessoa, 2001: 88) donde el acto del poeta es *su manera de estar solo*. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 66).

Cuando se lee poesía se apela a una reflexión sobre qué es y cómo es que va siendo creada. De esa forma se justifica lo esencial de su existencia dentro del desarrollo de la experiencia humana. Porque si la poesía no contribuyera como conocimiento o reconocimiento de la experiencia humana simplemente sería trivial y aburrida. De allí que los grandes poetas sean reconocidos como humanos brillantes e inundados de pasión por la vida. Tanto se ama el poeta a sí mismo que termina por ser el gran amante de la humanidad, aunque la insulte o la alabe, lo decepcione, lo deprima, le cause la muerte o la valore. Lo que sea que sienta, todo poeta, precisamente por el simple hecho de sentir y escribir lo que siente, (aunque sienta verdad o mentira) ya es un amante de lo humano. Humano en el sentido más vasto de la palabra. Tan vasto como todo lo que por el hombre puede ser sentido y creado, porque al escribir, cualquiera que lo haga, deja memoria de su rastro. De allí la importancia de hacer un acercamiento a la poesía de Fernando Pessoa, porque se lee

una síntesis del desencanto humano en este tiempo, la profecía de la desolación del hombre moderno y la vuelta de tuerca que permite aceptarlo.

Es uno de los poetas más interesantes de la literatura del siglo XX. Es a mi juicio, uno de los pocos autores que mantienen actualidad ideológica y poética. Es leído en todo el mundo, despierta dudas, intrigas y reflexiones, y está más cerca que muchos otros a un sentimiento común y de época: un sentimiento de esperanza y de desolación.

Su obra es una especie de fuente en la que el hombre se pregunta las mismas cosas, pero que está llena de conclusiones distintas. Más que un poeta portugués, puede ser visto como un alma que refleja el alma del mundo, y su pensamiento va más allá de Lisboa donde escribió casi toda su obra. Su pensamiento se extiende a cierta universalidad humana, se sale de sus fronteras para presentarse a los demás como un reflejo del siglo más caótico de la historia.

Escribió alguna vez Paul Valéry: “Con Baudelaire la poesía francesa ha trascendido al fin las fronteras nacionales, ha encontrado lectores en todas partes; se ha establecido a sí misma como la verdadera poesía de los tiempos modernos.” (en Hamburger, 1991:11). Podemos decir lo mismo de la poesía portuguesa y en vez de decir Baudelaire, decir Fernando Pessoa. Y saber que es actualmente, la verdadera poesía de nuestra época.